

es que viven míseramente y en tal estado de ánimo, que no pueden menos que inspirar compasión, aun cuando se sepa de ellos que están manchados con los más horrendos crímenes. Ayer mismo se presentaron dos, renegados hace muchos años, que tienen mujer é hijos nacidos en Fez. De ellos, el uno cuenta treinta años y unos cincuenta su compañero: ambos son españoles desertores del presidio de Ceuta. El joven no desplegó los labios: en cuanto al otro dijo que fué condenado por haber muerto á un hombre que estaba apaleando desapiadadamente á su hijo. Tenía pálida la cara, y hablaba conmovido, en tanto que estrujaba entre sus manos un pañuelo.

—Si me asegurasen,—decía,—que sólo me habían de imponer un recargo de diez años, volvería sin vacilar. Tengo cincuenta años, contaría sesenta al salir del presidio; todavía podría vivir libre algunos años en mi amada patria. Mas la idea de morir con la cadena del penado me horroriza. Con cualquiera condición volvería al presidio, con tal que me aseguraran que moriría en libertad. La que arrastramos no es vida. Vivimos cual si nos halláramos en medio de un desierto. Esto es horrible. Todos nos desprecian. Hasta nuestra misma familia nos mira con prevención: no podemos decir que realmente sea nuestra; nuestros hijos nos miran con indiferencia y continuamente se ven incitados á odiarnos. Á más de que, es imposible olvidar la religión en que se ha nacido; la iglesia á la cual nos acompañaba nuestra madre para orar; los consejos que ésta nos daba; los años más hermosos de la vida... y tales recuerdos... somos renegados, somos presidiarios, es cierto; mas no por esto dejamos de ser hombres... tales recuerdos nos desgarran el alma.

Así hablando, lloraba.

\* \* \*

La copiosa lluvia que está cayendo hace tres días, tiene reducida la ciudad de Fez á tal estado, que si llegara á describirlo no se me creería. No es una ciudad, es una cloaca inmensa, un albañal repugnante. Las calles son torrentes; las encrucijadas lagos; las plazas lagunas; los transeuntes se meten en el lodo hasta la rodilla; las casas se hallan salpicadas de barro hasta más arriba de las puertas; hombres, caballos y mulos parece que se hayan revolcado en el fango, y los perros están de él tan completamente cubiertos, que no se les ve un solo pelo. Son por todo extremo escasas las gentes que discurren por las calles, y las que en ellas se encuentran, van casi todas á caballo. Por supuesto que no hay uno solo que use paraguas; pero aun así, no hay quien apesure el paso para librarse de la lluvia. Excepción hecha del barrio en que se hallan los bazares, está todo tan oscuro y tenebroso que da tristeza. Verdaderos regatos de agua que corre y se precipita rumorosa, arrastrando cuantas inmundicias halla al paso, y en cambio, ni una voz, ni un ruido humano que interrumpa la monotonía de aquel fragor desapacible. Dijérase que es una ciudad abandonada por los habitantes temerosos de una inundación. Al cabo de una hora de paseo por aquellas calles he vuelto á casa, y pasado algunas en mi habitación, con el rostro pegado á la ventana, y los ojos puestos en los árboles del jardín que goteaban por todas partes, pensando en un mísero correo que acaso en aquellos precisos momentos, con riesgo de su vida, pasaba á nado el Sebú, que iba muy crecido, apretando entre los dientes una cartera de cuero que contenía una carta de mi madre.

\* \* \*

Corren rumores contradictorios respecto de haberse verificado hoy una ejecución capital en una de las puertas de Fez. Sin embargo, no se ha visto colgar de los muros ninguna cabeza, y por mi parte prefiero creer á los que dicen que no es verdad. La descripción que leí, hace algunos años, de una de estas ejecuciones llevada á efecto en Tánger, quitóme la bárbara curiosidad, que algunas veces me ha impulsado, de asistir á semejantes espectáculos.

Al salir cierta mañana por una de las puertas de Tánger el inglés Drummond Hay, encontróse con una compañía de soldados que conducían atados por los brazos y la cintura dos presos, en dirección á la carnicería de los judíos. Uno de ellos era un montañés del Riff, antiguo jardinero de un europeo domiciliado en Tánger: el otro un arrogante mancebo de elevada estatura y rostro franco y simpático.

El inglés preguntó al jefe de la fuerza qué delito habían cometido aquellos desgraciados.

—El Sultán, — contestó, — proteja Alá sus días, ha ordenado cortarles la cabeza, porque hacían contrabando en la costa del Riff con los infieles españoles.

—Castigo harto severo es para semejante delito,—observó el inglés, —y si su suplicio ha de servir de ejemplo para que en él escarmienten otros, no se concibe que se hayan cerrado las puertas de Tánger y prohibido á sus habitantes que asistan á presenciar la ejecución.

(En efecto, las puertas de la ciudad se habían cerrado anticipadamente y Drummond Hay logró que le fuera abierta

una de ellas, mediante una propina que entregó á uno de los guardianes).

—No sé qué deciros, nazareno, contestó el oficial, sólo sé que he recibido una orden y que debo cumplirla al pie de la letra.

La decapitación debía tener efecto en la carnicería ó matadero de los judíos. Un moro de aspecto vulgar y repugnante, vestido de carnicero, hallábase en él aguardando á los condenados, empuñando un cuchillito de unas seis pulgadas. Era el verdugo. Extranjero en la ciudad, habíase ofrecido á desempeñar aquellas funciones, porque todos los cortantes mahometanos de Tánger, que tenían la obligación de llevar á cabo las ejecuciones capitales, se habían refugiado en las mezquitas para no tener que cumplirla.

Suscitóse una disputa entre el verdugo y los soldados con motivo del precio que debía abonársele por la ejecución de los dos infelices que, separados algunos pasos, veíanse obligados á escuchar la disputa suscitada sobre el precio de su sangre. El verdugo insistía diciendo que él había pactado veinte pesetas por una sola cabeza y que siendo dos debían añadirse veinte más al precio convenido. El oficial acabó por acceder, siquiera con repugnancia. En consecuencia, el verdugo cogió al primero de los condenados, ya medio muerto de terror, derribólo al suelo, arrodillóse sobre su pecho y comenzó á degollarlo. Drummond Hay volvió la cabeza. Pareció comprender que tenía lugar una lucha porfiada. El verdugo gritaba:

—¡Dadme otro cuchillo, éste no corta!

La víctima yacía en el suelo boca abajo, con la cabeza medio separada del tronco, el pecho anhelante y todos los miembros contraídos. Entregóse al verdugo otro cuchillo y la cabeza fué separada del tronco.

Los soldados gritaron con voz cavernosa:

—¡Proteja Dios largos años la vida de nuestro amo y señor!

Muchos de ellos parecían atontados por lo horrendo del espectáculo.

Vino luego la otra víctima. Era el joven arrogante y simpático. Su sangre fué motivo de nueva disputa. El oficial, retractándose de su palabra, manifestó que no quería pagar más que veinte pesetas por las dos ejecuciones. El verdugo no tuvo más remedio que conformarse. El condenado solicitó que le fueran desatadas las manos, y habiéndose accedido á su petición, quitóse la capa y poniéndosela al soldado que le quitara las ataduras, le dijo:

—¡Acepta este presente: nos veremos en un mundo mejor!

Arrojó su turbante á otro que le había mirado con ademán compasivo, y dirigiéndose con paso firme hacia el lugar en que yacía el ensangrentado cadáver del que fué su compañero, dijo con voz segura y sonora:

—¡No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta!

Después, volviéndose al verdugo, quitóse el cinturón y se lo ciñó, diciendo:

—Tomad; mas por el amor de Dios os suplico que me cortéis la cabeza con más rapidez que á mi hermano.

Echóse al suelo sobre la sangre, y el verdugo le puso la rodilla sobre el pecho.

—¡Una contraorden: aguardad! — gritó el inglés.

En efecto, avanzaba un jinete á todo escape.

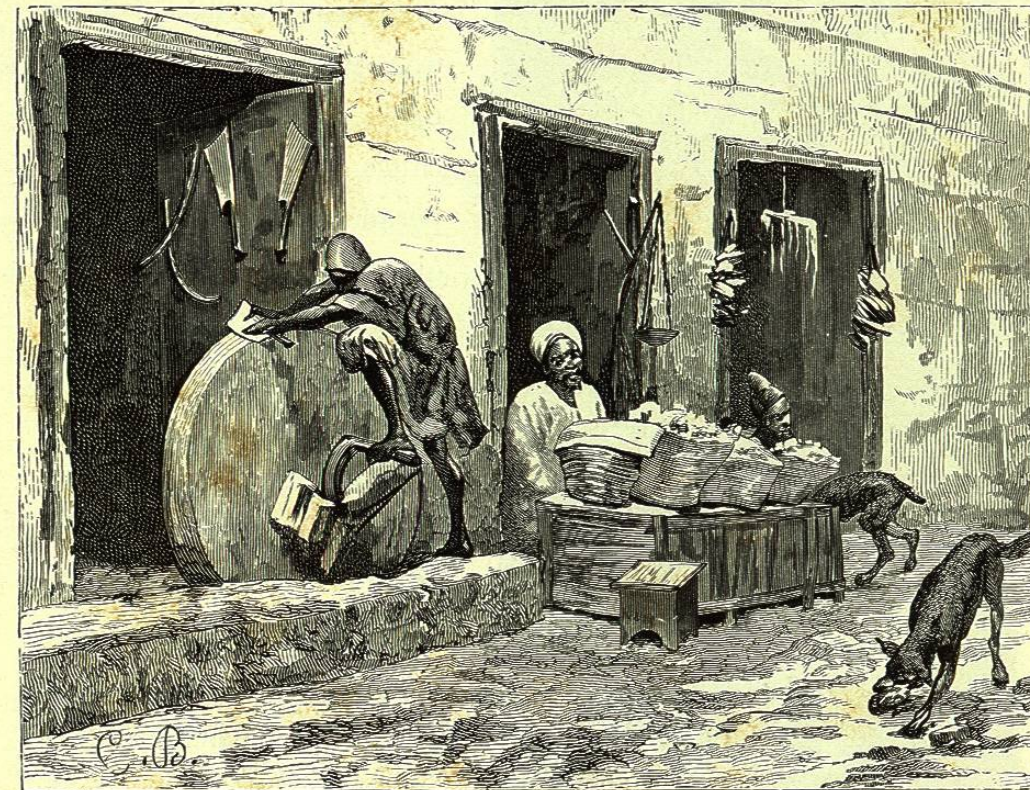
El verdugo se detuvo.

—No, — observó el oficial, — es el hijo del gobernador que viene á presenciar la ejecución. Esperad á que llegue.

Así era en efecto.

Al cabo de breves instantes las dos cabezas ensangrentadas eran conducidas por los soldados.

Las puertas de la ciudad fueron abiertas y salió por ellas una turba de muchachos que emprendió á pedradas tras el verdugo, persiguiéndole hasta tres millas de la ciudad, donde

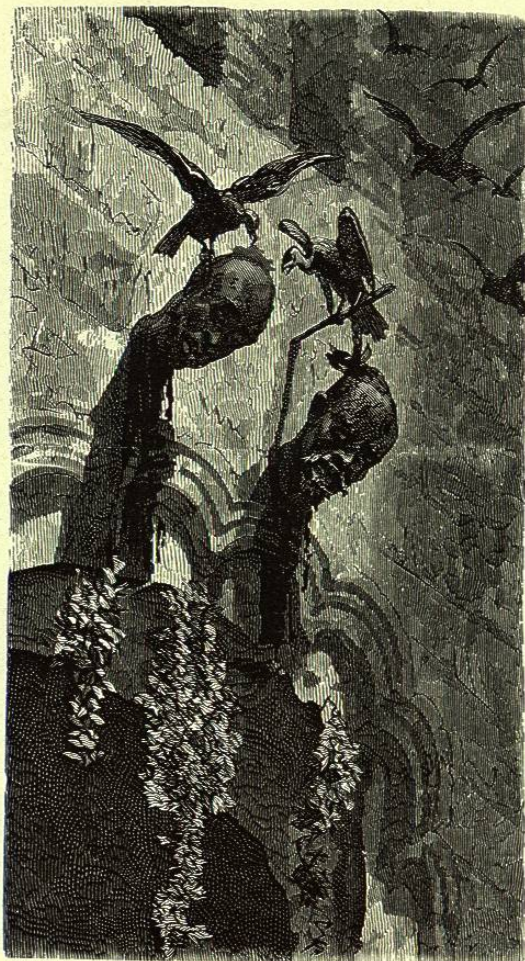


Aflador

cayó exhausto de fuerzas y cubierto de heridas. Al otro día se supo que había sido muerto de un tiro por un pariente de una de las víctimas, y enterrado en el mismo sitio donde cayó. Según parece, las autoridades de Tánger tuvieron por muy conveniente no ocuparse del asunto, pues el matador volvió á la ciudad sin que nadie se metiera con él.

Después de haber estado expuestas durante tres días á

la pública expectación, fueron las cabezas enviadas al Sultán para que su majestad imperial se convenciera de la solicitud que se había puesto en el cumplimiento de sus órdenes.



Cabezas de ajusticiados expuestas al aire libre

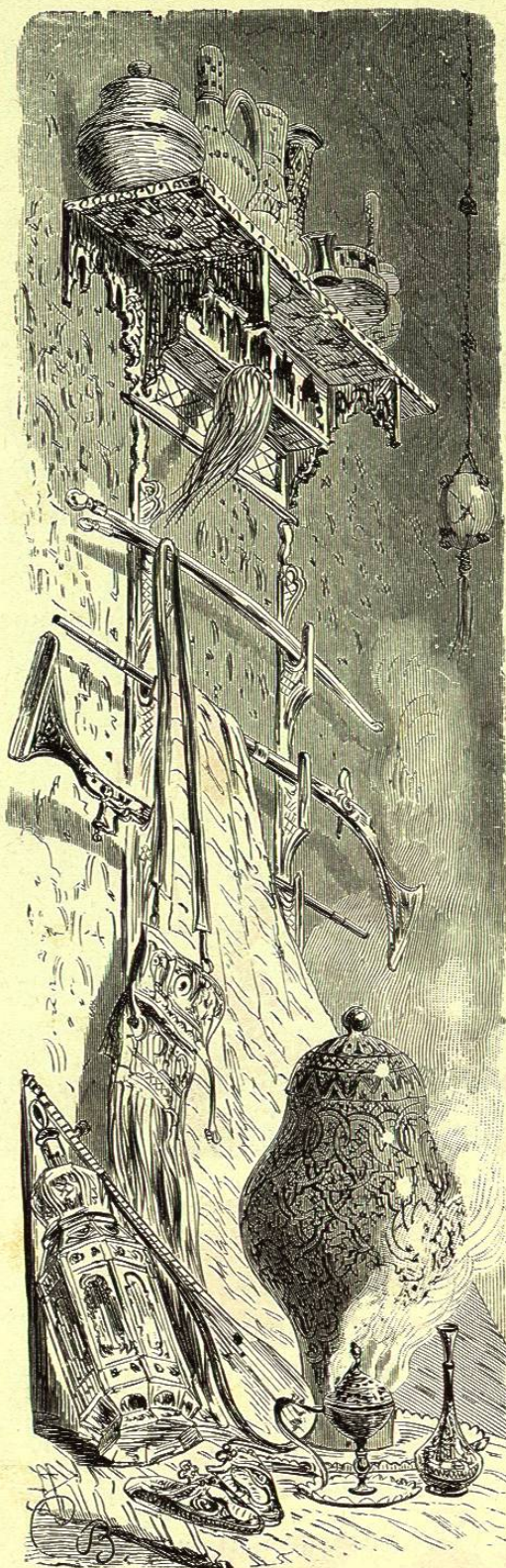
Los soldados portadores de ellas encontráronse en el camino con un correo que llevaba el perdón, el cual no había podido llegar á tiempo á causa de la avenida inesperada de uno de los ríos que tuvo que atravesar.

\* \* \*

Con frecuencia me encuentro con mercaderes de Fez que han estado en Italia. Todos los años van allá de cuarenta á cincuenta, y muchos de ellos tienen agentes moros ó árabes en nuestras principales ciudades. Mantienen relaciones mercantiles

con las ciudades de la Italia septentrional especialmente, en las cuales compran seda cruda, damascos, coral, terciopelo, hilo, porcelana, perlas, cuentas de vidrio de Venecia, barajas de Génova y muselinas de Liorna. Por su parte sólo traen cera y lana, pues la industria marroquí elabora contado número de artículos, pudiendo decirse que se halla reducida á tejidos,

armas, pieles y artículos de cerámica, únicos productos que logran llamar la atención en Europa. Los primeros se elaboran principalmente en Fez y en Marruecos, y consisten en jaiques para las mujeres, turbantes, fajas, pañuelos de seda, tejidos finísimos de la misma, mezclados con oro y plata, por punto general en listas rectas y paralelas, blancos ó de vivos colores perfectamente armonizados, agradables y hasta bellos al primer golpe de vista; pero que resultan desiguales cuando se fija en ellos la atención, muy cargados de goma y poco resistentes. En cambio son muy fuertes y no menos finos los gorros de lana roja, que llevan el nombre de *fez*, de la ciudad donde principalmente se elaboran; y admirables por su resistencia, riqueza de colorido y combinación de dibujos las alfombras que se fabrican en Rabat, Casa Blanca, Marruecos, Sciadma y Sciauia. De Tetuán proceden especialmente las armas damasquinadas, argentadas, con embutidos de marfil y á veces con piedras preciosas, de formas ligeras y elegantes; y de las ciudades de Fez y Mequinez, así como de la provincia de Sus, las armas blancas, entre las cuales se distinguen por sus formas los puñales. Los cueros, abundante manantial de riqueza para el país, prepáranse hábilmente en varias provincias, manteniéndose aún á la altura de su antigua reputación las pieles amarillas de Marruecos, rojas de Fez y verdes de Tafitele. Fez se envanece con razón de la cerámica esmaltada; pero se han perdido aquellas líneas puras y elegantes que distinguían antiguamente esos artefactos, constituyendo al presente su atractivo principal el vigor de los colores y cierta bárbara originalidad de dibujo, que si no satisface la vista, por lo menos la seduce. Hay, además, en Fez un gran número de joyeros y orífices que elaboran objetos sencillos, no desprovistos de belleza, pero poco variados y en



Objetos de la industria marroquí

número muy reducido, cosa que se explica sabiendo que el rito malekita proscribela ostentación de los ornamentos preciosos, como contrarios á la austeridad mahometana. Además de los artículos de joyería, son también dignos de notarse los muebles procedentes de Tetuán, y que consisten en arquillas, aparadores, pequeñas mesas poligonales para tomar el té, con arcuaciones, arabescos y taraceas de diferentes colores; jarrones de cobre que tienen grabados complicados adornos que realzan esmaltes verdes, rojos y azules; y principalmente azulejos de mosaico para los suelos y las paredes, con dibujos combinados con exquisito gusto por muy hábiles obreros, que uno á uno y sin más instrumento que la azuela, forman las estrellas y las demás piezas con maravillosa precisión. No cabe duda que este pueblo está



Una plaza en Fez